

LA CASA DE LOS ARTISTAS

AINTZANE RODRÍGUEZ

LA
CASA
DE LOS
ARTISTAS

AINTZANE
RODRIGUEZ

ONYX
EDITORIAL

Primera edición.

La Casa de los Artistas.

© 2018, Aintzane Rodríguez.

© Onyx Editorial

www.onyxeditorial.com

© Diseño de portada: Nune Martínez

© Maquetación y contraportada: Munyx Design

© Corrección: Estefanía Yepes.

ISBN: 978-84-949239-0-6

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

A Bea, por haber creído siempre en mí, en esto.

A Maialen, por ser una artista más en la casa.

5 de enero de 1925, Washington.

Mediante este comunicado, se informa a todos los ciudadanos de los Estados Unidos que, a partir de este mismo instante, queda totalmente prohibida la música. Por medio de esta ley, pretendemos erradicar los problemas que esta nos ha traído, tales como el pasado incidente acontecido en Texas, en el que el gobernador resultó herido, o muchos de los altercados que se forman tras fiestas en las que la música exalta a los ciudadanos.

Queremos informar de que cualquier acto que sea considerado inadecuado, revolucionario o que atente contra esta nueva ley, será severamente castigado. Cualquier individuo, tanto niño como adulto, que sea descubierto disfrutando de la música desde este momento, será encarcelado, con penas que ascenderán de los dos meses hasta la cadena perpetua. Asimismo, el castigo por verse tocando cualquier instrumento, cantando, tarareando, silbando alguna melodía y/o creando música con elementos cotidianos, será la pena capital.

Estimados ciudadanos, esta no es más que una medida para hacer la convivencia más sencilla e intentar reducir las altas tasas de agresiones que se dan a causa de la euforia que crea la música. La música es una distracción para los jóvenes y dificulta el progreso y la creación de adultos competentes, adultos que serán los que mantengan este, nuestro país, en el futuro. Luchar por el bien de la comunidad es algo que se encuentra en nuestras manos y espero que todos nos unamos en esta nueva etapa que llevará a nuestro gran país a ser glorioso. Recuerden: «Sabiduría, Justicia y Moderación».

Primer comunicado de prensa tras la firma de la Ley Muda.

1925



CORRE



«CORRE. ASÍ NO, MÁS RÁPIDO. HUYE, SIGUE EVITÁNDOLOS». Mi subconsciente me gritaba como un altavoz que no descansaba. Corría, la madera del suelo crujía resbaladiza contra la suela de mis zapatos, desgastados, y por cada paso que daba, estaba seguro de que sería el último. Sentía su aliento en la nuca, caliente, lleno de rabia, de odio, y eso era lo único que evitaba que me rindiera ante el calor abrasador que me retorció los gemelos.

Eso y saber que él me miraba desde lejos y me rogaba que no me dejara cazar.

Frío, de repente sentí una sacudida de frío; un escalofrío me recorrió la espalda, erizándome los pelos de la nuca, obligándome a cerrar los ojos durante un par de segundos. «Corre, no te rindas». Me obligué a hacerlo, pero mi cuerpo cada vez obedecía menos a las órdenes que lograba mandarle y supe que ya no había vuelta atrás. El castigo estaba claro y, por un momento, la pena de muerte se me antojó apetecible. Sabía que él seguía corriendo a mis espaldas, por detrás del agente, y tal vez por eso me dolió tanto la

bala cuando me desgarró la espalda y el estómago; él estaba viéndolo todo. Me dejé caer de rodillas y mi cara chocó contra el suelo. Noté que algo escapaba entre mis dedos, como arena.

Tal vez era mi vida.

Tal vez me estaba muriendo.



ANYA THOMPSON



«En verdad, si no fuera por la música, habría más razones para volverse loco».

Piotr Ilich Chaikovski

ANYA ACELERÓ EL PASO mientras serpenteaba entre los trabajadores que volvían a sus casas con sus familias después de un largo día de trabajo. Los adoquines de las calles estaban sucios, el aire se intuía gris, el cielo aún más gris y todo parecía estar de acuerdo con su humor. A sus oídos llegaban conversaciones en italiano entremezcladas con un español chapurreado y, aunque no entendía ninguno de los dos idiomas, le resultaron conversaciones tan familiares que las echó de menos cuando torció la esquina y estas desaparecieron con sus dueños.

El Bronx se estaba preparando para dormir; sus calles se teñían de azul oscuro, sus luces se encendían como faros para guiar a los que se retrasaban, los llantos cesaban, los cuentos surgían de las paredes de las casas como leyendas que un día serían recordadas. Palabras; mientras sus pies la guiaban por un camino, ella solo escuchaba palabras. Todas se hilaban para contar las historias que una vez estuvieron acompañadas de música.

Las llaves de metal de su casa tintineaban en su bolsillo y ella

mezclaba ese sonido en su cabeza hasta crear una melodía. El sonido del metal la hipnotizó, la atrapó entre sus garras y se hizo un hueco en su cabeza. Era una canción pausada, una nana que la adormecía a medida que la noche engullía los pocos resquicios de día que quedaban. Permaneció allí hasta que se dio cuenta de que eso no estaba bien. Metió la mano en el bolsillo y apretó con fuerza las llaves hasta que las puntas se le clavaron en la palma, haciéndole pequeñas heridas. Eso no importaba, la música había cesado y ella estaba a salvo.

Las calles estaban llenas de ruidos y olores, aunque ya pasaban de las ocho, y los dueños de las tiendas se asomaban por la puerta para hablar con cualquiera que estuviese dispuesto a escuchar sus quejas del día. Tal vez la señora del edificio de al lado había vuelto a irse sin pagar, o el hijo de los vecinos había robado algo de las estanterías. El frío todavía no había conseguido dejarlo todo en silencio.

Ella apenas escuchaba lo que ocurría a su alrededor, nerviosa. Saltaba los bordillos y esquivaba a los jóvenes ruidosos con el único propósito de recuperar la melodía que había estado sonando en su cabeza. Estaba mal, sí, pero durante los segundos que había durado en ella se había sentido más viva. Era la primera vez en meses que la música hacía acto de presencia y mientras solo pudiera escucharla ella, en su imaginación, no había peligro. Y no quería olvidarla. No ahora, no cuando casi era capaz de palpar las notas con los dedos.

Todavía le quedaban un par de manzanas hasta poder sentirse segura bajo el techo húmedo de la habitación que tenía alquilada, así que cruzó a la calle de enfrente para bordear el antiguo cine del barrio. Habían cambiado el color celeste de los carteles por un gris que se mezclaba con el asfalto de las calles y el cielo nublado, igual que el ánimo de los que aún iban a sus salas y la gran mayoría de películas que se proyectaban en ellas.

Finalmente se encontró delante de la puerta de madera de su edificio, roída por el paso del tiempo y las termitas, que habían encontrado un lugar agradable para vivir en la entrada del nú-

mero 115 de la calle Este 157 del barrio neoyorquino. El edificio se encontraba en una situación precaria. La entrada estaba protegida por una valla de metal oxidada, mientras que la puerta oscura colgaba de una bisagra que amenazaba con desprenderse en cualquier momento.

Anya entró y subió las escaleras, arrastrando la mano sobre las paredes calcinadas unas semanas atrás, cuando el edificio había ardido en llamas. Antes, la situación de ese bloque de habitaciones no había sido mucho mejor, pero después de quedar reducido a cenizas, muchos inquilinos se marcharon y los que se quedaron fueron los que no tenían ni una pequeña esperanza de aspirar a algo mejor.

Exactamente como ella.

—Señorita Thompson —la llamó una voz desde el piso de abajo. Anya pensó en ignorarla, pero volvieron a llamarla—. Anya Thompson, la he visto.

—Buenas noches, señor Wells.

El señor Wells era un hombre de baja estatura, con el cabello gris oscuro y un bigote mal recortado, con pelos en todas las direcciones. Siempre llevaba las camisas manchadas de grasa y jamás desaparecía de sus ojos la añoranza que sentía por su vida anterior. Por lo que Anya había averiguado, había estado casado, había tenido una típica vida feliz que no tuvo un final tan feliz y había acabado siendo el huraño casero de un edificio en el que solo vivía gente como él: gente que había perdido una vida.

—Le recuerdo que tiene que pagar el alquiler de la habitación, señorita Thompson —la acusó, alargando más de lo necesario la “ese”, como una serpiente ansiosa de dinero—. Sé que sus ahorros ardieron junto con el edificio pero, o me paga o no me quedará más remedio que echarla.

La voz del casero carecía de emoción alguna y, aun así, Anya sabía que era un farol y que Andrew Wells no se arriesgaría jamás a perder a los pocos inquilinos que seguían viviendo allí, pero asintió y su casero se quedó contento, al menos por un tiempo. Subió los escalones que la separaban de su habitación y le pegó una pe-

queña puntada a la puerta de madera. Tenía unas largas manchas negras, como unas garras que se extendían entre las astillas, y no parecía muy resistente. Vio como su casero entraba al piso de abajo y se metió en la habitación.

La puerta chocó contra el diván que había a la derecha; la estancia era demasiado pequeña para Anya y lo era aún más cuando vivía su hermano también. La cama era estrecha, gris e incómoda, pero no había nada que Anya desease más que tumbarse sobre ella para olvidarse de otro rutinario día que acababa de vivir.

El taller había seguido igual que el día anterior y seguiría igual al día siguiente. Las calles eran las mismas y las horas también. A las seis y un minuto salía de casa, a y cinco llegaba a la esquina y a y once ya estaba retirando el cierre de la puerta. A las ocho en punto llegaba Alexander, su jefe, haciendo chirriar la silla de ruedas contra el aceitoso suelo del taller. La señora Gardiner siempre recogía sus cosas a las diez y veinte, nunca en otro momento, y siempre cerraban a las siete y cuatro minutos, cuatro minutos más tarde de lo que el horario de Anya estipulaba.

Lo peor era la sensación de que la rutina era lo único seguro en el mundo. Ya no recordaba cuál era su sueño de pequeña y con dieciocho años, tan solo era capaz de recordar vagamente la sensación de vivir sin miedo. Para entonces, tenía una lista tan extensa de temores que se podría decir que vivía con miedo al miedo, y no sería del todo mentira. Estaba malgastando su vida, y era aún peor ser consciente de ello.

Cerró la puerta y dejó el abrigo colgado en un clavo que sobresalía de la pared y del que también pendía un calendario que se había quedado estancado en el mes de mayo, con el día dos marcado a fuego.

Anya agarró la manta que había dejado cuidadosamente doblada por la mañana y se la echó sobre los hombros, asegurándose de que el frío no se colaba por ningún hueco. Todo el calor que su cuerpo aprisionaba se estaba escapando poco a poco para perderse con las bajas temperaturas de uno de los inviernos más fríos que la ciudad de Nueva York recordaba. Con las manos temblan-

do, se secó las lágrimas de la cara que ni siquiera sabía que habían empezado a caer y que ya habían dejado un surco salado a su paso.

Desde la ventana, al fondo de la habitación, se filtraban los ruidos nocturnos de las calles. Un pájaro picoteaba los barrotes de la escalera de emergencia mientras miraba a la joven con esos ojos pequeños y brillantes como cuentas. Estaba agotada, con las manos llenas de grasa y los párpados se le cerraban solos. Había sido otro día igual que el anterior y eso cansaba más que cualquier aventura.

Pero ella estaba bien. A salvo. Segura. Y eso era lo que siempre había importado.

Con esos pensamientos en la cabeza se quedó dormida, mientras aquella melodía volvía a resonar en las paredes vacías de su habitación.



EL TROMPETISTA DE ORO



LAS NOCHES EN NUEVA YORK no habían perdido su encanto en los últimos meses, al contrario de lo que muchos creían. Había gente que se escondía en sus casas en cuanto el sol abandonaba su puesto de trabajo, pero la gran mayoría salía a divertirse donde la música había encontrado refugio.

Desde que la Ley Muda había privado a Estados Unidos de uno de sus mayores tesoros, la gente se las había ingeniado para bailar aún más rápido, con más energía y con más ganas de disfrutar de cada golpe que daban contra el suelo, envueltos en un frenesí de diversión.

Nadie había aceptado la ausencia del ritmo en sus vidas, no a la fuerza y sin aviso, de la noche a la mañana. La gente había aprendido a gritar y a burlar la ley en clubes nocturnos, donde aquellos que lo habían perdido todo —trabajo, familia y sueños— por culpa de esta, se unían para disfrutar de lo que les quitaron. En aquellas salas ilegales, la Ley Muda era solo un papel quemado y una amenaza gritada al aire.

Las luces del camerino del Doobly Doo estaban apagadas y todos los artistas estaban preparados en las calles que daban al

escenario. Cinco minutos y se repetiría la misma escena de cada noche. Las mesas que estaban más cerca de los artistas quedarían en completo silencio, al mismo tiempo que los músicos ocupaban sus puestos, intentando que sus zapatos no hiciesen ruido contra las tablas. El último en aparecer sería Jaime, con alguna mancha de carmín en su mejilla, incluso en sus labios si la cosa había ido más allá, como ocurría en muchas ocasiones. Cogería su trompeta y respiraría profundamente cuatro veces antes de sonreírle a su compañero, que lo miraría desaprobando su comportamiento. La oscuridad abrazaría a los espectadores y entonces, solo entonces, la magia los acogería en su seno. Así empezó esa noche de sábado también.

Jaime había adquirido una soltura increíble con la trompeta y nadie exageraba cuando aseguraban que, de no ser por la Ley Muda, él sería uno de los grandes artistas de la época.

—Podrías llegar muy alto —le dijo una vez el Jefe, alardeando de él delante de un grupo de empresarios—. Tenemos al mejor trompetista de la ciudad.

Cada vez que recordaba esas palabras, el corazón se le encogía un poco más en el pecho porque, cada vez que su mente las acariciaba parecían más irreales, imaginaciones de un pobre cerebro con grandes aspiraciones.

Eran las dos de la madrugada y hacía horas que el espectáculo había terminado. Ahora eran los hombres, bañados en alcohol, los que entonaban canciones para bailar con sus esposas agarradas de la mano, o con las bailarinas que habían aceptado hacerlo. Era el momento en el que todo dejaba de tener control y simplemente se disfrutaba. O, por lo menos, se simulaba disfrutar.

Jaime estaba en el camerino. Rodeaba con sus brazos a una joven bailarina, de no más de dieciocho años, que a su vez tenía los dedos enredados en el pelo azabache del trompetista. Era casi imposible saber dónde acababa uno y dónde empezaba el otro, porque sus labios se fundían a la perfección. Una fina película de sudor cubría el cuerpo de Jaime pero no le importó. Besó con más ansias a la chica, de la que no recordaba el nombre, y acarició su

espalda, subiendo de vez en cuando hacia sus tirabuzones dorados. La agarró de los muslos y la alzó encima de la mesa, frente al espejo. Le gustaba cómo olía. Sumergió su cara en el cuello de ella mientras esta repetía su nombre una y otra vez. Sus labios fueron bajando con lentitud hasta el escote de lentejuelas, mientras sus manos acariciaban la tela de mala calidad, dispuestas a deshacerse de ella.

—¡Jaime!

Al principio no prestó atención. Los gritos que venían del pasillo se entremezclaron con los gemidos de su pareja. No quería interrupciones, su noche marchaba más que bien. Por ello, volvió a perderse entre los besos que le proporcionaba aquella esbelta muchacha.

—¡Jaime! —La voz sonaba irritada e iba acompañada de un insistente golpeteo contra la puerta del camerino—. Te creerás que estoy de broma... ¡Sal ahora mismo!

Por un momento, Jaime interrumpió lo que estaba haciendo para reconocer a Joe hablando a través de la fina madera de la puerta. Lentamente, se separó de la chica que tenía delante y se giró para dirigirse hasta la entrada, pero una mano lo agarró del cuello con fuerza.

—Ignóralo —le rogó la bailarina, sonriendo con esa chispa pícaro en los ojos. Le acarició el brazo y le dio un beso juguetón—. Estábamos pasando un buen rato, simplemente ignóralo.

El noventa por ciento de su cuerpo le suplicaba que la escuchara y que se quedase a finalizar lo que ya había empezado y que tan bien le estaba sentando. Pero no podía. Odiaba aceptarlo, pero Joe no habría dudado ni un segundo en responderle si él hubiese sido tan insistente. Jaime consiguió zafarse del agarre de la muchacha y se abrochó la camisa que segundos antes iba a acabar en el suelo. Cuando creyó que estaba presentable y que su compañera también lo estaba, abrió la puerta y su mejor amigo entró rápidamente. La bailarina les dirigió una mirada de desdén a los dos y salió de la habitación sin despedirse.

—¡Hasta la vista, Mindy! —exclamó Joe, con una sonrisa irónica colgando de sus labios.

Mindy. Ese era el nombre de la bailarina. No tenía nada de especial, pensó Jaime. Podría haber sido la misma bailarina que el sábado anterior, o tal vez la camarera del anterior a ese porque, en realidad, todas eran iguales para él. Apoyó la espalda en el tabique que separaba el camerino del pasillo y rescató un cigarro del bolsillo trasero del pantalón. Lo encendió y le dio una calada antes de ofrecérselo a su amigo, que seguía mirando a Jaime con una furia mal disimulada.

—No me mires como si tuvieses derecho a juzgarme. —Volvió a ofrecerle el cigarrillo y esta vez Joe lo aceptó—. Has visto cómo era. Me has hecho perder una noche de sexo que prometía.

—Ya tendrás otra el sábado que viene.

Jaime frunció los labios. Joe era físicamente más atractivo que Jaime, con sus rizos negros y unos profundos ojos verdes, pero Jaime tenía algo que hacía que todas las miradas se posaran en él. Joe volvió a darle una calada al cigarrillo y de repente, recordó la verdadera razón para haber interrumpido a su compañero de juergas.

—Además, tengo noticias para ti. Quieren que cubras el turno de los viernes con tu trompeta.

—No sé —respondió Jaime tras unos instantes, con un falso tono de duda—. ¿Me interrumpirás también los viernes cuando esté a punto de tirarme a una bailarina?

—¡No hables así!

—Es una pregunta sencilla.

—Sí, que no viene al caso. —Joe se acercó más a su amigo para agarrarle de los hombros y sacudirlo un poco, mientras Jaime se reía entre dientes—. No creo que estén esperando tu respuesta eternamente. Y yo, si estuviera en tu lugar, no dudaría en aceptar.

«Y yo», pensó Jaime. Entonces, ¿por qué tenía tantas dudas? En el fondo sabía la razón de ese estado de alarma permanente en el que se mantenía su cuerpo: todavía tenía muy presente la última redada fuerte. No había pasado tanto tiempo y casi era capaz de sentir el aliento del agente en su nuca, mientras corría para librarse de la cárcel o de la muerte. No habría otra solución si dejaba que lo atraparan.

—¿Vamos a decirle al Jefe que aceptas el trabajo? Venga, Jaime, necesitas el dinero y estás en tu mejor momento.

Jaime lo dudaba. No era su mejor momento si tenía que esconderse todos los fines de semana en el Doobly Doo a tocar ilegalmente. Tal vez tenía la fama que unas pocas cientos de personas le concedían pero, en realidad, no era nadie. Y ese no era su sueño. Quería llegar a lo más alto, que su nombre fuese recordado como “El trompetista de oro”. Quería poder tocar delante de gente que fuera a recompensar de verdad su trabajo. No quería seguir respirando ese olor a alcohol, sudor y humo todos los sábados, y mucho menos los viernes.

Y todo eso, ¿para qué? Poco dinero y el alquiler de una tienda en la que hacía demasiado tiempo que no pasaba ni una noche.

—No lo sé, Joe. Lo mejor será que lo piense bien esta noche y mañana le dé una respuesta definitiva.

—No creo que le guste que le hagas esperar. —Se encogió de hombros y fue directo hacia la puerta—. Pero todos sabemos que contigo hará la vista gorda. Siempre la hace.

Jaime se permitió sonreír durante unos segundos y siguió a su compañero hasta el salón de baile. El humo de los últimos cigarrillos subía hasta el techo creando divertidas figuras, peculiares, y los ojos de la gente estaban hinchados y enrojecidos. En nada llegaría alguno de los tipos del Jefe y vaciarían el local de hombres y mujeres tirados por el suelo con más alcohol y droga en el cuerpo que células. Jaime prefería no estar presente, así que recogió la trompeta de la zona de ensayos y abrió la puerta del club. Subió el tramo de escaleras que lo llevaría hasta la habitación del servicio de la casa. El Doobly Doo, al igual que la mayoría de bares clandestinos, estaba escondido en el sótano de lo que parecía una casa de una familia de bien. En realidad no era más que otra casa de las muchas posesiones del Jefe para encubrir todas las actividades ilegales. Esa tan solo era la tapadera de un club, pero tampoco le faltaban para esconder prostíbulos en ellas.

Joe seguía a Jaime de cerca. Subía los escalones de dos en dos

con la nariz aún arrugada a causa del fuerte olor que inundaba el Doobly Doo, una mezcla de vómito con algo que no era capaz de identificar. Cuando los dos salieron al aire libre, cogió una bocanada de aire tras otra hasta que sintió que había purificado sus pulmones por completo.

—Ahora que te has quedado sin plan nocturno, ¿qué piensas hacer hasta que amanezca?

Jaime miró a su mejor amigo con una cara que reflejaba perfectamente las ganas que tenía de pegarle en ese mismo momento.

—Ya que no voy a poder darle una alegría al cuerpo —le reprochó con el ceño fruncido—, me iré a dormir. Siento si tu plan era trasnochar, pero se me han quitado las ganas.

Joe frunció el ceño.

—¿No vienes a dormir a La Casa?

—Mañana nos veremos allí.

La cara de Joe mostraba más decepción que sorpresa o miedo. Siempre era Jaime el que disfrutaba de las juergas y él el que se veía atrapado en ese remolino de alcohol, pero en esa ocasión era diferente. Jaime no tenía ánimos para fiesta y Joe, en cambio, solo quería olvidarse por una noche de todo. Tendría que resignarse.

—De acuerdo —se despidió Joe, siguiendo el río Harlem para adentrarse en el Bronx.

Jaime suspiró al verlo marchar con esa elegancia tan característica suya. Tenía que reconocer que lo envidiaba. Joe no era como el resto de chicos que actuaban en el Doobly Doo. Él no necesitaba el dinero, no lo hacía por la fama o por las chicas, porque él ya tenía todo eso. Y si no lo tenía, era porque él lo había decidido así. Un joven más de familia adinerada que no sabía en qué malgastar el tiempo y que creía que el éxtasis de una redada compensaba el hecho de que podría acabar en el cementerio mucho antes de lo previsto. Y, aunque sabía que esa imagen de Joe no era real, Jaime también lo odiaba un poco, porque él se jugaba la vida todos los fines de semana para poder seguir viviendo en una tienda abandonada mientras que otros lo hacían solo para divertirse y después, volver a su piso donde alguien estaría esperándolos para servirles

una copa o para ayudarlos a desvestirse.

Luego se reprendía a sí mismo por pensar eso. Joe era su mejor amigo desde que él había llegado a Nueva York y jamás se había comportado así. Ni siquiera vivía ya con sus padres y su vida distaba mucho de todo lo brillante que podía parecer desde fuera. Eran celos irracionales que a veces no lograba reprimir.

Llevando el maletín con la trompeta bien a salvo en su mano izquierda, subió la calle despreocupado hasta que llegó frente a su casa. Era un edificio bajo, de dos plantas y una azotea, y él vivía en una tienda de frutas que había sido abandonada meses atrás. No era un buen lugar para vivir, pero peores cosas había visto mientras viajaba desde México hasta Nueva York. Además, allí por lo menos tenía un techo que lo protegía cuando el tiempo empeoraba en la ciudad.

Entró y vio a las dos personas con las que compartía el rincón dormidas, tapadas con unos harapos. El frío aprovechaba esos agujeros para azotar los cuerpos sin clemencia. Los ojos de Jaime se habían acostumbrado a la oscuridad completa que reinaba casi siempre en la tienda, así que ya sabía exactamente cuántos pasos dar para llegar sin tropezar hasta su esquina. Dejó la trompeta en el hueco de la pared, que luego tapó con un viejo trapo y una caja de cartón, y después se tumbó con la ropa que llevaba puesta sobre el colchón, que no era más que un montón de ropa vieja e inservible que había apilado cuando empezó a vivir allí.

Llevaba tanto tiempo durmiendo en *La Casa de los Artistas* que había olvidado cómo era hacerlo solo, sin el constante zumbido de fondo de las respiraciones de otros. Nada más tumbarse se sintió agotado. No era ese tipo de cansancio que dejaba el cuerpo entumecido, ni siquiera era parecido al cansancio mental que muchas otras veces había sufrido. Era algo que nunca antes había experimentado hasta llegar a Nueva York; era el cansancio constante de la vida, de sentirse cada vez más lejos de lo que lo había llevado hasta donde estaba.

No podía evitarlo y todas esas cosas se le aparecían después, en forma de sueños o pesadillas, para recordarle que siempre habría algo que mejorar al día siguiente.

